

15-2/32

4-55

1-55

EL NERVION

Domingo 31 de Julio de 1892

Número 505



[D. y Agulla]

Suplemento literario
(Me falta la primera parte)

**Á PROPÓSITO
y con excusa del estilo**

Cartas abiertas, de libre divagacion

II

Querido amigo:

El estilo brota de dentro. Esto te decia y comentaba en mi carta anterior. Como espero que en ratos libres lo hayas repensado, no me parece bien cansarte con más circunloquios.

Decir que el estilo brota de dentro es lo mismo que repetir aquella antigua y famosísima fórmula: el estilo es el hombre.

Cierto que el estilo es el hombre, pero el hombre es lo que los demás hombres le hacen, y es para ellos y por ellos.

El gran filósofo Pero Grullo decia: el que escribe al público no escribe para sí y el que habla quiere, no solo que le entiendan, sino producir algun efecto en sus oyentes.

Es lástima que, por efecto del necio desdén que se guarda hácia Pero Grullo, no se mediten bien sus enseñanzas. Porque sí bien es cierto que todos sabemos que quien escribe para el público no escribe para sí, casi todos lo olvidamos al ponernos á escribir.

Se ha desencadenado sobre la pobre literatura un viento desolador de egoismo. Los escritores se dan en espectáculo al mundo y no saben qué hacer para atraer sobre sus miserias humanas la admiracion ó la piedad de los que los leen.

En todas las romerías y jergorias se ofrecen á los romeros á uno y otro lado de su ruta filas de desgraciados y de pícaros que muestran su miseria y sus asquerosas desnudeces. Con tonillo nasal y lacrimoso, con un canturreo de leccion, llaman la atencion de las gentes hácia el muñon del brazo, ó el amoratado tumor del cuello, ó el reluciente infarto de la pierna ó el vientre desmesurado. Y los hay, segun se dice, que se estropean voluntariamente prefiriendo vivir en la holganza y estropeados á tener que ganar un jornal con su sudor.

Un espectáculo análogo presenta cierta clase de literatura á lo largo de la ruta de la romeria de la vida. Filas de líricos desgraciados y de líricos vividores, con cadencioso ritmo y en estrofas de leccion, muestran los infartos de su espíritu ó el tumor canceroso de sus sentimientos, comerciando ya con los dolores más santos, ya con la más inmoral mixtificación. Y los hay que se estropean voluntariamente el alma para vivir de los románticos sentimientos de la gente.

Esto arguye falta de respeto al público, falta de pudor y un egoismo vergonzoso. Este egoismo, cuando llega á la máxima hipertrofia, tiene su estilo peculiar y sibilitico.

Los tesoros de tierna poesia que atesoraba el alma de Juan Pablo Richter, son perdidos por aquel prurito que le consumió siempre de decir las cosas de modo enrevesado y sibilitico,

con recónditas alusiones á cosas poco conocidas y misteriosos logogrifos. El lector que desee entonderle y gozar de su poesia tiene previamente que sudar en la ingente labor de desenmarañar el lio de una forma intrincadísima. Y la verdad es que ni Juan Pablo ni mil Juan Pablos valen la pena de tal esfuerzo.

No se debe ser para el público como se es para sí mismo.

«Escribe como habla», suele decirse en son de elogio. Si se escribiera como se habla ¡menudo trabajo era el del lector!

No es posible escribir como se habla. Se habla con la voz, con el tono, con las inflexiones de aquella, con los ojos, con las manos. Un discurso reproducido taquigráficamente no solo pierde en animacion sino en claridad. Hay frases que escritas resultan ininteligibles. El punto, el punto y coma, los dos puntos, el acento, la interrogacion, la admiracion, son un pobrísimo arsenal de signos para la inmensa variedad de matices que en acentos, en pausas, en tonos, lleva consigo el lenguaje hablado. Para que un escrito pudiera reproducir un discurso hablado seria preciso añadir á nuestra ordinaria escritura todo un sistema de anotacion musical.

No, no es posible escribir como se habla, ni es posible hablar á un público como se habla á un amigo, á un amigo que nos conoce, que nos ha oido muchas veces, que tiene una educacion análoga á la nuestra. En la conversacion ordinaria rara es la frase que se termina y el concepto que se redondea. El diálogo comun es una sucesion de girones de frases, de oraciones á medio hacer, de expresiones incompletas, porque es mucho más lo que se presupone que lo que se dice.

Todo acto humano, mientras no sale de su forma de larva, bajo la cual se arrastra y se nutre en nuestro espíritu, es nuestro, completamente nuestro. Pero vertemos nuestros propósitos en el molde del mundo y este los recibe y moldea, de modo que rara vez corresponde la obra al prototipo del autor. Son libres nuestras voliciones, pero no lo son nuestros actos.

«Habla que da gusto, y en cuanto se pone á escribir, no se le puede leer.»

Esto se dice de muchos y se añade: ¿Por qué no escribe como habla? ¿Qué por qué? Pues porque no puede. Va mucha diferencia de tener libres las manos para accionar con ellas á tenerlas sujetas, sujetando el papel con la una y la pluma con la otra. La accion ayuda á la palabra, enardece, sugiere y provoca. ¡Cuántos que hablan maravillosamente harian languidecer una conversacion, si se les obligara á hablar con una mano atada! Además de esto, delante del papel sufren al ver que las líneas frias que caen sobre él, no palpita el calor de tono con que oye su pensamiento á la voz interior que habla en nosotros. Y ¡no vá diferencia de ver al oyente que nos mira á los ojos y no ver al lector invisible, descuidado, hostil muchas veces, indiferente casi siempre?

No es posible escribir como se habla. Hay más aún; escribir como se habla es faltar al público. Y el público, puesto que hace el sacrificio de loernos, tiene derecho á que se le dé lo mejor.

Quando se escribe ó habla para muchos, debe el estilo, sin perder el sello personal adquirir cierta impersonalidad. La poesia lírica es para leida en el rincon de casa, bien arrellanado el lector en su butaca, junto al fuego si hiela, y leerla en lectura silenciosa. Solo lo



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USAL.ES

épico puede recitarse al aire libre, bajo el ancho cielo, sobre las cabezas de la viviente muchedumbre, así como solo lo dramático puede representarse. Es natural que fracasen en el teatro los dramas líricos ¿qué le importa el autor al público?

Al público no le importa el autor. Aquí tienes la proposición con que cierro esta carta. Ya sé que me dirás que la inmensa balumba de autobiografías, correspondencias, memorias íntimas y confesiones que hoy se publican hallan lectores. Es innegable, pero esos lectores no son la animosa muchedumbre que recorre la vida camino de la romería soñada, muchedumbre en cuyos oídos tales lamentos y cuitas suenan á fastidio. ¿Qué se le da á la turba, que vive y pasa, de que éste se haya quedado ciego y con siete hijos, de que el otro esté huérfano, de que el de más allá necesite una peseta para poder irse á su pueblo ó de que al otro le convengan baños de mar? Observa á la multitud; los más pasan sin hacer caso de los pordioseros, ni los han visto; los que les hacen caso es para decirles: «perdone, hermano!» ó «no llevo suelto» ó «semejante moscal en este país no hay policía» ó «mejor harías ir á trabajar.» Algunos les dan ó un perro chico por costumbre ó rutina, ó una pieza de dos céntimos por su insignificancia. Pero... ¿piedad? Piedad no les dá nadie. Cada cual pasa muy ocupado en gozar de su salud para compadecer al prójimo. Los que se detienen á contemplar tales miserias son enfermos como los que se lamentan, van á verse en el espejo vivo, van á compararse, van á satisfacer el triste gozo del enfermo que no separa su vista de las miserias del mundo.

Créelo, los que alimentan su alma de tales memorias, correspondencias y confesiones, van buscándose á sí mismos en ellas y sus dolores, reales ó fingidos, en los dolores ajenos, pero al gran público, á la muchedumbre que camina por el ancho sendero de la vida, á ese no le importa el autor.

Si el autor se persuade de esa gran verdad, que al público no se le dá de él un comino, si se persuade y se penetra y vivifica su obra en tal persuasion, la obra, si es mala, es abortada y si es buena, gana en robustez.

Espera la tuya tu amigo

MIGUEL DE UNAMUNO.

Bilbao, Julio de 1892.

Este artículo ("Las Tribulaciones de Juni") fue publicado por primera vez en "El Mensajero" del Extranjero de "El Nervión" del día 14 de agosto de 1892 y se reprodujo en "El Nacional" de Madrid, sección "Los Niños", del día 6 de enero de 1896 (n.º 643)

